

Varios autores

Buscadores en el CUARTO CAMINO

Experiencias de un grupo de trabajo



LaTeca
Instituto para el
Desarrollo Armónico

Narrativa · Poesía · Acuarelas

ÍNDICE

- 9 Prólogo
Giovanni M. Quinti
- 24 El cuento de nunca acabar..
Mon
- 30 Nunca se puede volver desde tan lejos
como de sí mismo.
Cecilia Kuguel
- 37 Todo pasa y yo, también.
Hector Martinez
- 46 Guardo una rosa rosa en mi corazón.
Gregorio Alonso
- 50 Los Encuentros o La Tragicomedia del coro
Benedictus
- 67 ¿Qué he aprendido con Giovanni?
Jordi Cabestany Arque
- 87 Afronta tus miedos y luego te podrás ir, si creés
María Roldán
- 93 La primavera dentro de mi
Luciana
- 97 Podresias de un lobo-oveja
Francesc Llopart i Fisa
- 103 “Il Percorso”
Nuria Poch
- 105 *Cada palpito tuyo es un palpito mío*
J.J. Brañas
- 107 *Ya no quiero saber de tu amor*
Monique Nuñez
- 110 *La traición*
Manel Seral Coca

Acuarelas Cecilia Deshayes

Prólogo

Giovanni M. Quinti

El libro que tienes en las manos podría hablar de ti; por tanto, te invito encarecidamente a que lo leas.

Por poco que te guste, te hará pasar algunas horas curioseando en la vida de los demás, sin que nada de lo que descubras te suene, deduciendo que las experiencias relatadas no tienen nada que ver contigo, nada que decirte ni darte. Es más, podrías sentirte avergonzado y fuera de lugar, como cuando recibes la invitación de una boda de los amigos de unos amigos. Te encuentras entre decenas de invitados que no conoces, con los que debes compartir varias horas sentado alrededor de una mesa. No tienes nada que decirles, sonrías mecánicamente y mientras tanto, como un autómata, aplaudes cada vez que se grita “viva los novios”; quizás con una tristeza interior que te desgarran, preguntándote cuándo acabará el teatro, con los confetis que sabes que quedarán en el salpicadero de tu coche.

Debes saber que en este caso ni yo ni las historias aquí incluidas podrán hacer nada para llevarte fuera de aquel salón de ceremonias recargadamente decorado. A lo mejor podrán ayudarte a darte cuenta de que allí estás fuera de lugar, que no tienes nada que ver con los novios, y que el anillo dorado que se han acaban de poner en el dedo tú te lo plantado en las narices. Te duele, sobre todo cuando los demás le atan cuerdas y tiran en todas direcciones, convenciéndonos de que dónde te están llevando se está bien, es lo necesario y que va contigo, y que el daño desgarrador que notas en cada tirón desaparecerá pronto. Te aseguran que lo olvidarás todo, nada más llegar a la siguiente fiesta, aquella a la que te están llevando y donde ya han llegado todos: sólo faltas tú. Qué pena que la sensación de falta, de no estar, sea la cuerda más resistente, unida con doble nudo en tu anillo. Sin embargo, serás capaz de olvidar también esto. Después de todo, la vida pasa rápido y se acaba, ni siquiera nos damos cuenta de que lo que acaba de suceder ya ha entrado en la antecámara donde todo se disuelve, a la fuerza, porque es mejor olvidar que estar en contacto con vientos que traen dolor, rodeados por esfuerzos inauditos para analizarlos y reconocer que no hemos hecho más que alimentar el canto de la desesperación que gobierna gran parte de nuestras existencias, esperando que una novia tire el ramo a sus espaldas, esperando cogerlo para aplacar el vacío abismal y poner alguna flor en el centro de la mesa.

Las personas que se han descubierto en estos escritos han renunciado al ramo y en estos cuatro años se han sentado en una mesa blanca, una hoja de papel, prometiendo no levantarse hasta que aquella hoja no contuviese el recuerdo de sí mismos, para bien o para mal.

No son aspirantes a escritores o escritoras, sino seres humanos que consideran como prioritario una sola cosa: volver a sí mismos, evitando despertarse una mañana tatuados con palabras que no son tuyas, sin saber cuál es su origen. Para ello han aprendido que escribir significa completar el milagro de parar los momentos, fotografiar

recuerdos para mantenerlos intactos durante el transcurso del tiempo, sin abismarse nunca más.

Quizás, dentro de algunos años, alguien hojeará casualmente este libro y leerá vagamente el prólogo para saber si les interesa o bien si es mejor devolverlo donde estaba, al lado de otros volúmenes que tienen la única función de rellenar estanterías; pero si el título de esta pequeña obra no ha supuesto un obstáculo para ti, si ha conseguido hacerte llegar hasta aquí, a lo mejor puedo pedirte que sigas con la lectura, para saber cómo se inició el viaje, cómo tomó cuerpo la aventura que se cuenta en estas páginas.

No soy un experto en prólogos; ni siquiera quiero reclamar el derecho de estar en un pedestal y, desde lo alto de mi posición, hablarte de otras personas.

Sería demasiado fácil.

Sin embargo, elijo estar debajo, en medio de quien se ha expuesto en primera persona, para desnudarme también yo y relatarte cómo y dónde comenzó todo esto.

Imagina un hombre de éxito, con un excelente trabajo, una bonita casa y una situación económica que le garantiza serenidad. Imagina que este hombre una noche tiene un sueño, una voz le empuja a dejarlo todo y a irse a un país extranjero porque allí le esperan experiencias importantes, que cambiarán su vida y la de los demás.

Imagina a este hombre levantándose por la mañana, delante del espejo del baño mientras se afeita. Imagínale sonreír irónicamente acerca de la locura de los sueños y empezar a cantar como lo hace cada mañana, mientras se prepara para ir a trabajar.

Imagínale la siguiente noche, ya en su cama, durmiéndose. Un extraño ser con alas, con una dulce sonrisa. Le coge por los pelos y le transporta en un instante a una península que él reconoce como la Ibérica, mientras le susurra al oído: "¡Éste es tu lugar!".

La siguiente mañana, el mismo ritual, la misma sonrisa sarcástica y la misma canción. Y también la siguiente noche, el idéntico viaje, el idéntico ser con alas, el mismo imperativo. No es fácil que un sueño se repita tres veces dejando un recuerdo inequívoco y un extraño temor en el corazón. Pasan los años y en la vida de aquel hombre se derrumba uno de sus pilares más importantes: un grave accidente hace que su relación de pareja se acabe de manera brusca. Lo único que le unía a su ciudad natal se había perdido en el mar y aún sabiendo que podría quedarse allí y empezar a pintar sus días con colores nuevos, aún teniendo amigos que le rodeaban de amor y su vida estaba llena de perspectivas interesantes, sabía que había llegado el momento de cambiar.

¿Dónde habrá ido? ¿Dónde empezar de nuevo? A veces la respuesta a este tipo de preguntas se esconde en los sueños.

Deja de imaginar, querido lector. Lo que te he contado me ha pasado a mí.

Desde que estaba en mi ciudad, Roma, he estado ocupado con el teatro y la evolución personal. Me han invitado a dar y a organizar personalmente cientos de conferencias y seminarios y como director he realizado diversos espectáculos que siempre han tenido bastante éxito. Fundé el primer Instituto La Teca que tenía como objetivos el crecimiento interior, humano y del conocimiento de sus participantes y la experimentación artística.

Después de algunos años se formó un grupo no sólo de alumnos, sino de colaboradores dedicados, con una madurez que les hubiera permitido continuar el trabajo sin mí. Simultáneamente a esto, en los últimos dos años, nos visitaba (como visitante externo y estudioso del Eneagrama) mi queridísimo amigo el Profesor Luis Serra LLansana, hombre de gran cultura y sensibilidad, que hacía algún tiempo me había comentado su vuelta a su patria para realizar un importante papel como Director en una prestigiosa universidad catalana.

"¡Voy contigo!"

No sé que pensaba Luis cuando escuchó estas palabras, pero no me faltó su apoyo. Me regaló una semana de su vida para ayudarme a encontrar alojamiento en Barcelona. Visitamos juntos algunos apartamentos de alquiler e hizo de intérprete y cicerón de la ciudad. Fue mi ángel de la guarda, el barquero comprensivo y dulce que me acariciaba transportándome de una vida conocida a una desconocida, en un lugar sin amigos, sin familia, sin trabajo.

Los primeros días cuando paseaba por la *Plaza Cataluõia*, descubriendo cómo era esa ciudad en la que viviría durante un tiempo, había un hombre en Plaza Cataluõia que me ayudaba a encontrar un

¿Qué he aprendido con Giovanni?

Jordi Cabestany

Lo que he intentado conseguir mientras escribía este texto es apartar al adolescente indeciso y aburrido que hay en mí, para dejar paso al corazón del niño y al pulso del hombre. Quería decir lo que sentía sin pensar en lo que opinará Giovanni cuando lo lea, pero sabiendo que lo va a leer. He querido ceñirme a lo que he aprendido con él, ya que éste era el objetivo, pero sin olvidar que esto es una experiencia personal y que si no incluyo mis propios ejemplos, si no hablo de lo que yo he vivido con la enseñanza del Cuarto Camino, este ejercicio carece de sentido.

Si alguien quiere encontrar a un maestro perfecto que corrija su imperfección, está en su mano. Giovanni es alguien que se va a morir, así que no tiene tiempo para enseñar. Pero él me enseñó a enseñar.

La madurez

Otra cosa que me ha enseñado este italiano hispanizado ha sido el darme cuenta de que muchas de las cosas que hago —y que creo que hago para conocerme a mí mismo— las hago para que mi maestro me diga: Muy bien, tú sí que has entendido mi mensaje. ¿Triste? Sí, pero verdadero. Eso lo vi cuando un día Giovanni nos dijo, tras los diez minutos de silencio con los que empiezan todas sus clases: *Hasta que yo no me he sentado y me he quedado en silencio, no habéis dejado de hablar. ¿Para qué estáis aquí? ¿Para hacerme feliz? A mí me da lo mismo. En el fondo me da igual que hagáis o no los ejercicios. Yo me iré.* No fueron exactamente éstas las palabras y seguro que las dijo con más gracia, pero la idea es la misma: ¿Para qué hago lo que hago? ¿Para satisfacer a un maestro que tarde o temprano se irá o se olvidará de mí? ¿De qué me sirve enseñarle lo callado y bien sentado que puedo estar? ¿Me va a dar eso de comer? ¿Me aplaudirá por ello? Y aunque así fuera, ¿vale la pena estar en una escuela de autoconocimiento para eso?

Creo que de alguna manera Giovanni ha alimentado esa madurez que tenía tan y tan dormida, o camuflada detrás de un yo maduro, aquel que es maduro sólo cuando lo miran y, en mi caso, en temas de dinero, por mi necesidad de sentirme un hombre justo.

Hace unas tres semanas, José Luis, un alumno avanzado que sustituyó a Giovanni, abducido por el corto, estaba traduciendo durante la clase un texto del italiano al español, antes de leerlo en español para todos. Me entraron ganas de mear y pensé: *Bueno, esto me parece una pérdida de tiempo. Iré al lavabo.* Entonces, apareció mi Giovanni de bolsillo y me preguntó: *¿Esto lo harías en una de mis clases?* No. Así que no me levanté. No porque creyera que estaba mal, sino porque si pensaba que era una pérdida de tiempo y, por tanto, no pasaba nada por ir al lavabo, lo tendría que hacer con Giovanni, no con José Luis. ¿Por qué? Porque era su primera clase. Algo muy importante que

recuerdas al lado de Giovanni es a no hacer con el «débil» lo que no harías con el «fuerte».

Y para finalizar este apartado sobre la madurez, un apunte personal que me hizo Giovanni en la última clase y que me ha ayudado en un momento clave de mi vida, donde siento que la energía se me escapa por todas partes: *Ha llegado el momento de ser un hombre, de dejar de ser hijo de... de dejar de hacer chorradas y hacer algo que valga la pena. Ahora tienes una persona que te necesita.* Creo que esto es lo que también quería decirte Manel. Manel, junto a Giovanni, han sido los únicos maestros que he conocido.

El torbellino emocional que provocaron estas palabras me enseñaron lo inmaduro que soy. Lo único que me preocupó después de que Giovanni me diera una de las claves más importantes de mi vida fue que él pensara que a mis 29 años mis padres me mantenían, cuando no lo hacen desde los 23, a excepción del último medio año en el que he vivido con ellos por haberlo dejado con mi pareja y no querer irme a vivir con cualquiera. Siempre preocupado por lo que piensen los demás, olvidándome lo que importa de verdad, al menos para mí: mis seres queridos, escribir y conocerme.

Tras esta estocada en el corazón de una de mis principales carencias, me he dado cuenta del tiempo que pierdo estando pendiente de mis imágenes: mi imagen de guaperas simpático, de bohemio incomprendido, de hombre capaz... He visto cómo pierdo y cómo no pierdo el tiempo. Pierdo el tiempo cuando hago un trabajo de Historia para quitármelo de encima, cuando me preocupa hacer esta redacción para que no me castiguen, cuando escribo un relato pensando en si ganaré un premio o no, o si tengo que escribir para destacar en algo en la vida, cuando me comparo con los amigos de mi ex en lugar de aprender a amarla y cuando hago las cosas por hacerlas, para salir lo antes posible del trabajo, la universidad o La Teca, y total, para no ir a ninguna parte.

No pierdo el tiempo cuando me olvido de mis objetivos e improviso algo con la gente que amo, sin pensar en el dinero o el tiempo que en teoría pierdo, ya que mi vida tiene un vacío emocional del tamaño del Camp Nou; cuando ayudo a mi ex a que sepa que no está sola, ya que entonces yo me siento menos solo; cuando hago un trabajo de Historia pensando en el trabajo, en profundizar en el tema, más que en hacerlo bien; cuando decido afrontar una carencia como la de intentar estar bien con todo el mundo o controlarlo todo; cuando escribo olvidándome del tiempo, del resultado, del aplauso.

Pero no sólo fueron las palabras de Giovanni y el recuerdo de Manel lo que me hizo darme cuenta de lo que era la inmadurez y cuán inmaduro era, sino los días que estuve en el rodaje del corto. En dichos días observé dos partes dentro de mí, la que quería ayudar a Giovanni a convertir su sueño en realidad, y la que iba para no sentirse culpable, para no quedar fuera de juego.

Manel invitó a todos sus alumnos a participar en las conferencias de Giovanni, ya que consideraba que después de pasar por muchos maestros había encontrado a uno. Olvidándose del riesgo a perder a gran parte de sus alumnos, antepuso nuestro crecimiento a sus ingresos mensuales. ¿Participó en algún proyecto de La Teca? No, no tuvo tiempo. Pero su sacrificio le hizo más grande a él y a la escuela de lo que la hayamos podido hacer otros con actos más visibles y contrastables. Pero el sacrificio es algo que no se ve y, sin embargo, es la clave del crecimiento.

En definitiva, lo único que pretendo con esta crítica es mejorar la escuela, que de ella no salgan fieles, sino Hombres y Mujeres dispuestos a renunciar a lo que sea, incluso a la escuela, por Amor y Verdad.



A veces estoy muy lejos...

A volte sto molto lontana...



en algunos instantes más cerca.

in alcuni istanti più vicina.